El refranero español en Los Angeles (California)

SHIRLEY L. ARORA
Universidad de California, Los Angeles (Estados Unidos)

Durante unos treinta años —desde mediados de la década de los cuarenta hasta fines de los setenta— se llevó a cabo, bajo los auspicios de la Sociedad Norteamericana de Dialectología, un proyecto enorme de recolección de refranes corrientes en los Estados Unidos y en ciertas provincias contiguas del Canadá, proyecto en que colaboraron no sólo los miembros de la Sociedad de Dialectología sino también maestros de escuela, alumnos de todos los niveles e innumerables individuos que se enteraron del proyecto y se ofrecieron para ayudar en la tarea. Este proyecto dio como resultado el recién aparecido *Dictionary of American Proverbs*, cuya dirección quedó a cargo de nuestro distinguido colega Wolfgang Mieder, como director principal, con la colaboración de los profesores Stewart Kingsbury y Kelsie Harder. Contiene el diccionario unos 15.000 refranes con sus variantes, todos recogidos directamente de la tradición oral, es decir, de informantes que los usaban o por lo menos los conocían y recordaban; representa, por lo tanto, la fuente máxima para el estudio de los refranes y proverbios corrientes entre la población norteamericana de habla inglesa.

Pero los Estados Unidos no son un país monolingüe, ni mucho menos. Al contrario, siempre hemos sido y todavía somos —hoy más que nunca— un país multilingüe, y no extraña encontrar, entre la multiplicidad de lenguas que hablamos, que la principal —después del inglés— sea el español, que fue en California, y en muchas otras partes del país, la primera lengua europea que se estableció, anticipando, y con mucho, la introducción y después el predominio del inglés. Entre todos los cincuenta estados del país, es todavía en California donde se encuentra más concentración de personas de origen hispano: el censo oficial más reciente indica una población hispana de casi ocho millones, o sea la cuarta parte de la población del Estado, y en Los Angeles y sus alrededores hay unos cinco millones, o un tercio de la población metropolitana. Hay otros estados (Nuevo México, por ejemplo) donde hay una mayor proporción de hispanos, pero no donde haya mayor número. Según las proyecciones estadísticas, dentro de cincuenta años, más de la mitad de la población del estado de California será de origen hispano —lo que no significa necesariamente ser de habla española, porque desafortunadamente una proporción significante de aquella población habrá dejado de hablar español. Y digo "desafortunadamente" porque hay muchos —yo entre ellos— que lamentan la desaparición del bilingüismo entre nuestros jóvenes de ascendencia hispana como una gran pérdida en todos los sentidos —económicamente, culturalmente, y personalmente.

Todos estos datos los traigo a cuenta para explicar los motivos que dieron lugar, precisamente en los años en que se acababa la fase de recopilación del proyecto de la Sociedad de Dialectología Norteamericana, a una encuesta análoga, aunque en una escala mucho más modesta, sobre el refranero español en Los Angeles. Claro, que eso de "refranero español" no pasa de ser una manera concisa de decir «los refranes corrientes entre personas de habla española, cualquiera que sea su origen», aunque es verdad —y no sorprendería a nadie— que en la gran mayoría de los caos, tal vez unos 80%, esos refranes son españoles, en el sentido de haber llegado a las Américas junto con la lengua de Cervantes.

La población hispanoparlante de Los Angeles es muy diversa, aunque dominada, como se podría suponer, por el elemento mexicano o méxico-americano (es decir, chicano, término preferido sobre todo entre los jóvenes). Según el censo oficial más de ochenta por ciento de la población hispana son de ascendencia mexicana, aunque en los años recientes ha habido un aumento notable en el número de individuos de otros países de habla española, sobre todo de Centroamérica. La prensa y los políticos, en busca de algún término cómodo para designar a esta población hispanoparlante heterogénea, han dado en llamarla "latina", término que ya en Los Angeles parece haber reemplazado a "hispano" o "hispánico" —*Hispanic*— que es el término "oficial" empleado en el censo nacional pero que para muchos implica un origen español peninsular, por remoto que sea. Hay quienes se quejan de que cualquier término uniforme, aplicado a una población tan diversa, les quita a todos su identidad cultural étnica, pues obviamente no es lo mismo ser mexicano que ser cubano o panameño o argentino o español (porque también se puede incluir a los españoles entre los "latinos", si se basa —como ocurre muchas veces— solamente en el apellido). Tienen razón los que se quejan, pero nadie ha logrado hasta ahora dar con otro término satisfactorio para todos.

Desde el punto de vista de un proyecto de investigación de refranes, la presencia de esta población tan diversa trae ventajas bastante obvias. Se puede emprender un estudio comparativo sin salir de los confines de la ciudad de Los Angeles (y debo confesar que, desde el punto de vista personal, esto constituía una ventaja enorme en los años en que se me hacía difícil, por razones familiares, ausentarme de casa durante los períodos extensos que suponía cualquier estudio de tipo semejante en algún país extranjero). Pero también este ambiente ofrece otras ventajas tal vez menos esperadas, pero no menos importantes, siendo la principal entre ellas la posibilidad de observar y estudiar la función del refrán fuera de lo que se podría considerar su ambiente normal —tal vez ideal— de comunidad más o menos estable y homogénea, cuyos habitantes comparten una larga tradición lingüística y cultural y por lo tanto un amplio repertorio de refranes y otros elementos paremiológicos. Volveré sobre este tema, para mí de mucho interés, después de ofrecer algunos datos y comentarios generales sobre el estado actual de nuestro proyecto sobre el refranero español en Los Angeles.

Han colaborado en el proyecto, hasta ahora, unos mil informantes, de los que 57% son mujeres. Representan 18 regiones americanas de habla española, más España misma, las Filipinas, y la tradición judeoespañola, siendo el Paraguay el único país que falta todavía. Está claro que en algunos casos la representación es mínima —hay solamente un informante filipino, por ejemplo— y que predominan los mexicanos y los méxico-americanos, o chicanos, que juntos forman 46% del total. Hay quienes han contribuido con un solo refrán —o tal vez dos o tres— y hay personas que han sabido proporcionarnos hasta doscientos. Para cada refrán se identifica al informante o a los informantes por medio de un número asignado para proteger su anonimato (cumpliendo así con las reglas de la Universidad que gobiernan proyectos de este tipo) pero apuntando algunos datos biográficos como su sexo, su edad, su procedencia, su residencia en los Estados Unidos, etc. Este procedimiento nos da alguna idea de la frecuencia con que se ha registrado cada dicho y de las variantes —a veces ligeras, a veces significantes— que predominan en cada región que representan los informantes. Hasta ahora tenemos una colección de unos 3300 refranes (sin contar las variantes que no se apartan notablemente de la forma básica), y hemos dado por terminada la fase de trabajo de campo, aunque encontramos difícil resistir cuando se nos sigue proporcionando más ejemplos. La recolección se ha llevado a cabo, por lo general, a base de entrevistas personales, evitando el uso de cuestionarios o de listas de ejemplos que podrían afectar el contenido de la colección o la forma en que se registra un refrán. Hemos tratado de averiguar en cada caso la interpretación que da el informante al refrán, pero conviene confesar que no ha sido siempre factible seguir este ideal; en contados casos hemos podido apuntar el uso de algún refrán en el contexto conversacional, pero en la mayoría de los casos tenemos que recurrir al informante para que nos describa un contexto "típico" o —de preferencia— un contexto recordado de su propia experiencia. Finalmente, para todos los refranes recolectados hemos buscado anotaciones bibliográficas que nos den una idea de la distribución mundial y la variación de cada uno de ellos, empresa que esperamos facilite el estudio internacional del refranero español en el futuro.

No hemos buscado en este proyecto el anhelado pero elusivo "mínimo proverbial" en español, pero sí hemos reunido, como ya se ha indicado, datos sobre la frecuencia con que se ha registrado

cada refrán entre nuestros informantes. El más frecuente —y con mucho— es «Dime con quién andas y te diré quién eres», refrán recogido de ciento setenta y tres personas, de 20 regiones diferentes; el segundo —apuntado ciento trece veces— es «Más vale pájaro en mano que cien volando» (con sus variantes). Sigo con la lista, en orden de frecuencia, de los refranes registrados más de sesenta veces[1]:

Al que madruga Dios le ayuda (97)
Perro que ladra no muerde (92)
No hay mal que por bien no venga (88)
A caballo regalado no se le mira el diente (88)
El que mucho abarca poco aprieta (87)
En boca cerrada no entran moscas (87)
Ojos que no ven, corazón que no siente (85)
No por mucho madrugar amanece más temprano (73)
Más sabe el diablo por viejo que por diablo (71)
En casa del herrero cuchillo [asador, azadón, etc.] de palo (69)
De tal palo tal astilla (67)
Más vale tarde que nunca (63)
Aunque la mona se vista de seda, mona se queda (61)

La lista no ofrece, me parece, ninguna sorpresa. Todos son refranes de procedencia española, algunos de distribución internacional. Todos se encuentran en el *Diccionario de refranes*, compilado por Juana G. Campos y Ana Barella y publicado por la Real Academia Española, que recoge los refranes antes incluidos por la Academia en su *Diccionario de la lengua española*, y con una sola excepción aparecen ya en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* de Gonzalo Correas, es decir, que circulaban ya en las primeras décadas del siglo XVII y son sin duda, en su mayoría, mucho más antiguos[2].

Para encontrar, entre la lista de los refranes más frecuentes en Los Angeles, un refrán que no proceda de España hay que descender hasta el segundo nivel, es decir, a los registrados entre 30 y 60 veces:

Agua que no has de beber, déjala correr (59)
Camarón que se duerme se lo lleva la corriente (52)
Cuando el río suena, piedras lleva (45)
Amor de lejos, amor de pendejos (45)
Más vale andar solo que mal acompañado (44)
El que nace para tamal, del cielo le caen las hojas (43)
El que con lobos anda, a aullar se enseña (43)
No hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista (40)[3]
Haz bien sin mirar a quien (39)
El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cae encima (39)
Cada oveja con su pareja (39)
Tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe (35)
Del dicho al hecho hay mucho trecho (35)
El que a hierro mata, a hierro muere (34)
Caras vemos, corazones no sabemos (34)
El muerto al hoyo y el vivo al bollo (38)[4]

---

[1] Incluyo en estos datos las variantes que no se apartan tanto de la forma básica como para constituir, a mi juicio, un refrán distinto. Las variaciones son a veces mínimas («En boca cerrada no entran moscas» / «En boca cerrada no entra mosca»), pero en otros casos de más importancia («En casa del herrero, azadón/asador/cuchillo de palo»).

[2] La excepción es «De tal palo, tal astilla», que si aparece en la colección de Correas será en alguna forma variante que no he podido localizar.

[3] La forma básica, «No hay mal que dure cien años», aparece otras 14 veces.

[4] En la mitad de estos casos, la palabra «bollo» es sustituida por «pollo».«MDNM»

A falta de pan buenas son tortas (33)
Árbol que crece torcido jamás su tronco endereza (32)
Más vale malo conocido que bueno por conocido (30)
El que no oye consejo no llega a viejo (30)

De los veinte refranes de este segundo grupo, quince aparecen en el refranero de la Academia, pero sólo diez en la colección de Gonzalo Correas, y para tres de ellos no se ha encontrado hasta ahora ninguna documentación para España[5]. Todos estos tres los considera Darío Rubio como "mexicanos" —es decir, no de origen español— criterio que emplea él para incluirlos en su valiosa colección de *Refranes, proverbios y dichos y dicharachos mexicanos*. Entre los tres, el ejemplo más interesante será «El que nace para tamal, del cielo le caen las hojas» (Rubio, 1940: I, 41), por su incorporación de una palabra netamente americana. (Veo que la palabra «tamal» figura como americanismo en el diccionario de la Academia, con la definición de «especie de empanada de masa de harina de maíz, envuelta en hojas de plátano o de la mazorca del maíz, y cocida al vapor o en el horno», y a lo mejor ya llegaron también los tamales a España.) El refrán en sí pertenece a una familia bastante extensa de expresiones que comentan el supuesto efecto del destino en la vida del individuo, sea en un sentido positivo o negativo. (Para Rubio, por ejemplo, indica este refrán que ciertos individuos nacen destinados a ser bienaventurados en todo lo que hagan, recibiendo automáticamente todo lo necesario para que tengan éxito y sean felices; pero muchos investigadores e informantes, convencidos, aparentemente, de que el ser «tamal» no es un destino envidiable, lo interpretan de una manera más negativo, como una indicación de que el individuo, por más esfuerzos que haga, no puede superar o mejorar su destino en la vida). Este refrán lo hemos recogido, como se podría esperar, principalmente de informantes mexicanos o de ascendencia mexicana; pero se conoce también en otras regiones americanas, entre ellas Cuba, Guatemala, Nicaragua, Colombia, Venezuela, y el Ecuador. También nos lo proporcionó, en Los Angeles, un informante español, nacido en Navarra pero radicado en los Estados Unidos —en Nuevo México y después en California— durante más de 55 años, y supongo que su conocimiento del refrán refleja este largo período de contacto con la tradición mexicana o méxico-americana, pues no he encontrado todavía ninguna anotación bibliográfica que indique que se haya introducido el refrán en la tradición peninsular, aunque sí se conoce la fórmula básica[6].

Los otros dos refranes considerados "mexicanos" por Rubio representan casos menos claros, pues aunque carecen, hasta ahora, de documentación que indique su tradicionalidad peninsular, no contienen elementos obviamente exóticos, por decirlo así. «Amor de lejos, amor de pendejos» (I, 45), con sus variantes algo suavizadas, como «Amor de lejos, amor de cangrejos» o «Amor de lejos, amor de pen...sarse», etc., tiene una distribución análoga a la de «El que nace para tamal...» y parece gozar de una popularidad especial entre nuestros informantes méxico-americanos o chicanos. No lo he encontrado hasta ahora en ninguna colección española, ni siquiera en aquellos refraneros más bien populares que siguen publicándose de cuando en cuando y que nos dan a veces alguna idea del repertorio proverbial actual que no podemos conseguir si nos limitamos a los refraneros clásicos o a los que se preparan principalmente para el uso de los paremiólogos. A pesar de esta falta de documentación, algunas personas aquí en Madrid me han dicho que conocen el refrán, aunque no llegan a afirmar que lo emplean en su propia conversación. Me parece entonces algo ambigua la situación en relación con este refrán, como también la del tercer miembro de este pequeño grupo de refranes "mexicanos", «Caras vemos, corazones no sabemos» (I, 82). Este lo hemos recogido dos

---

[5] En un cuarto caso la documentación "peninsular" parece limitarse a la tradición judeoespañola. Reconozco que todas estas observaciones se basan en unos recursos bibliográficos que no pueden considerarse completos, y que la documentación impresa en general anda atrasada en relación con la tradición oral actual. Además, no sería imposible que algunos refranes de origen hispanoamericano se introdujeran en la tradición peninsular por medio de inmigrantes o por medio de fuentes literarias.

[6] Cf. «El que ha de ser burro de carga, del cielo le llueve la albarda» (Sbarbi 167), «El que nace para buey, del cielo le cae la yunta» (Tapia 30). Para otros ejemplos de España, y muchos más de Hispanoamérica, véase mi estudio titulado «'El que nace para tamal...': A Study in Proverb Patterning», *Folklore Américas* 28 (1968), 55-76, pero sobretodo las pp. 69-71. Una continuación del estudio aparece con el título «The 'El que nace' Proverbs: A Supplement», en *Journal of Latin American Lore* 1 (1975), 185-198; consúltense en especial las pp. 187-188 y 191.

veces en boca de informantes españoles en Los Angeles, pero sin encontrar ninguna documentación que indique su circulación en España. Su distribución en América (que incluye algunas variantes) se extiende desde las regiones hispanoparlantes de los Estados Unidos hasta Chile y la Argentina, lo cual podría hacer pensar en un origen español a pesar de la falta de documentación, y no me sorprendería confirmarlo algún día. Por el momento, sin embargo, debemos conceder, con Rubio, la posibilidad de un origen americano.

En el tercer número de *Paremia* (1994), la profesora Julia Sevilla publica una larga lista de refranes proporcionados por dos informantes de Toledo y otra de Guadalajara, y continúa esta labor en el número 5 (1996) con otra lista aún más larga, de otros seis informantes. Estas dos listas constituyen una muestra valiosísima de material identificado específicamente como procediendo directamente de la tradición oral española actual, y al cotejarlas con los refranes más frecuentes en Los Angeles (los registrados más de 60 veces), encuentro —como se podría esperar— que todos éstos aparecen en ambas listas[7]. Si volvemos la atención al segundo rango de frecuencia en nuestro proyecto —los refranes registrados entre 30 y 60 veces— encontramos que todavía hay una correspondencia muy marcada con las dos listas en *Paremia*, pero sólo hay nueve que aparecen en ambas listas y hay seis que no aparecen en ninguna de las dos.

Quisiera pasar ahora a algunas observaciones generales sobre el posible papel del refrán en la tradición hispanoparlante de Los Angeles —observaciones que podrían extenderse a cualquiera ciudad moderna de población diversa como la nuestra. Se supone que es en la intimidad de las familias o entre amigos y conocidos donde más prospera el refrán, y sin duda sigue siendo cierto esto en el ambiente urbano. Pero el refrán tiene también sus funciones más públicas, por decirlo así, y estas funciones asumen una importancia especial en una ciudad como Los Angeles, caracterizada por múltiples "zonas de contacto" —*contact zones*— entre grupos de origen y cultura diversos. Este concepto de la "zona de contacto" —más conocido en la Lingüística— lo han adoptado recientemente otros investigadores y críticos, entre ellos la norteamericana Mary Louise Pratt, en su estudio admirable de los libros de viajes (en inglés) de los siglos XVIII y XIX, titulado *Imperial Eyes*. A ella le debemos una definición clara y concisa de la "zona de contacto" como «aquel espacio en que gentes geográficamente e históricamente separadas llegan a encontrarse y a establecer relaciones...» (pp. 6-7; la traducción es mía). Para Pratt, esta zona tiene otra característica específica, que es la desigualdad social entre los grupos que se encuentran, o sea, que se trata de una zona de contacto entre un grupo dominante y otro dominado, minoritario —lo que significaría, aplicando el concepto a la ciudad de Los Angeles, entre la población de habla inglesa y la de habla española. El fenómeno no es nada nuevo, claro está; lo vimos caracterizado magistralmente en la conferencia que nos ofreció en este *Congreso* nuestro distinguido presidente Jesús Cantera Ortiz de Urbina, sobre la supervivencia de los refranes sefardíes de Oriente. El término en sí es más reciente, y me propongo adoptarla y adaptarla aquí, amplificando un poco el concepto para incluir también las zonas de contacto entre grupos que ocupan un mismo nivel social frente al grupo dominante pero que son de origen diverso entre sí y que conservan un sentido bastante fuerte de su propia identidad cultural como mexicanos, cubanos, guatemaltecos, etc. Los resultados de este tipo de "zona de contacto" no serán los mismos, ni tal vez tan conspicuos como en el tipo de situación que describe Pratt, pero no dejan de tener un interés especial para el estudio del refranero contemporáneo.

Como sería de esperar, una de las reacciones más generalizadas al establecimiento —voluntario o no voluntario— de una "zona de contacto" entre un grupo dominante y otro dominado se manifiesta en los esfuerzos de éste por conservar su propia cultura, sus propios valores, ya percibidos como amenazados por los de la sociedad que los rodea. A estos esfuerzos se puede atribuir tal vez la frecuencia con que los padres inmigrantes acuden a la autoridad tradicional de los refranes en la crianza de los niños y en los esfuerzos por guiar y aconsejar a los jóvenes, los cuales temen ver apartarse cada vez más de su propia cultura para adoptar la dominante. Hasta cierto punto

---

[7] Cabe señalar que uno de ellos, «Perro que ladra no muerde», aparece en las dos listas de *Paremia* sólo en la forma «Perro ladrador poco mordedor», variante más antigua (cf. Correas 468) que parece haber desaparecido, o casi desaparecido, en las Américas. La variante «Perro que ladra no muerde» se encuentra en alguna que otra colección contemporánea española, pero no tengo ninguna idea clara de su distribución en la tradición peninsular actual.

será esto inevitable, y sin duda las dos culturas —dominante y dominada— tienen en común más de lo que uno podría pensar. Pero a este deseo de conservar las tradiciones familiares y culturales creo que se atribuye la frecuencia con que los jóvenes de habla española nos describen el uso diario —"constante", según algunos— de refranes de parte de sus padres, sus tíos, sus abuelos, y otros adultos que los rodean. A estas circunstancias se puede atribuir sin duda la frecuencia extraordinaria de «Dime con quién andas y te diré quién eres» —el refrán más frecuentemente registrado en toda esta encuesta— y la presencia de un número apreciable de otros refranes proporcionados por informantes jóvenes que los oyeron en boca de sus familiares y que parecen reflejar la necesidad que sienten éstos de guiar a los adolescentes en sus relaciones sociales, sobre todo con los miembros del sexo opuesto: «El que con lobos anda, a aullar se enseña»; «Agua que no has de beber, déjala correr», «Si no compras, no mayugues [magulles]»; «La mujer es como el cristal: una vez que se rompe no se puede componer»; «Amarren sus gallinas, que mi gallo anda suelto»; etc. A este grupo se puede añadir el ya mencionado «Amor de lejos, amor de pendejos», usado no sólo por los mayores (dos informantes lo recordaban específicamente como consejo proferido por un abuelo o una abuela) sino también por los mismos jóvenes, sea para aconsejar a los amigos o para justificar su propia conducta.

Estos refranes que acabo de citar —y un sinnúmero de otros— sirven para mantener, o tratar de mantener, la identidad cultural y social dentro de la familia y de la comunidad, frente a las presiones que vienen de fuera. Es una de las funciones típicas del refrán en cualquier ambiente, aunque tal vez intensificada por las condiciones especiales de las "zonas de contacto" que caracterizan una sociedad urbana multiétnica. Pero tiene el refrán en este ambiente otro papel específico, y creo que menos típico: el de ayudar a establecer vínculos entre individuos y grupos que tal vez no los hayan tenido antes. Esta función me gustaría ilustrarla mediante un ejemplo personalmente observado; se trata en este caso del uso de refranes en inglés, pero bien podría ocurrir, y sin duda ocurre, también en español o en cualquier otro idioma, y en cualquiera "zona de contacto" entre personas de origen diverso que sientan la necesidad o el deseo de establecer cierto nivel de comunicación entre sí.

Durante dos años fui miembro de uno de los comités principales de nuestra universidad. Lo integraban trece profesores nombrados para representar todas las facultades de nuestro campus: es decir, que los trece representábamos las llamadas "dos culturas" —la de las letras y la de las ciencias— que en nuestra universidad habitan zonas distintas, bien marcadas, llegando a crear una frontera entre el *North Campus* —las letras— y el *South Campus*, con el que nosotros, los de las humanidades, creemos tener muy poco en común. Los miembros de este comité no nos conocíamos antes de ser nombrados para participar en él, y aunque todos hablábamos inglés —con una sola excepción, como lengua nativa— éramos de origen regional diverso, no compartíamos un mismo lenguaje académico, y francamente tendíamos a mirarnos con cierta desconfianza.

Desde la primera reunión de dicho comité me fijé en la frecuencia con que el colega ingeniero que presidía sobre el grupo acudía a algún refrán, sea en tono serio o de buen humor —y noté que poco a poco otros miembros del grupo llegaron a seguir su ejemplo. Me llamó la atención este fenómeno precisamente porque me parece que no somos los que hablamos inglés —por lo menos los académicos— muy refranistas, y me puse a apuntar cada refrán que se soltaba, con su contexto y la aparente reacción de los que escuchaban. No tardé en concluir que lo que hacían estos refranes era establecer un ambiente, o por lo menos una impresión de un ambiente, un clima, de amistad —hasta diría que de intimidad— que no había existido antes, y que nos ayudaba mucho en nuestras deliberaciones. Para conseguir esto no era absolutamente necesario que conociéramos cada refrán que se empleaba; bastaba reconocerlo como refrán, y asociarlo por lo tanto con ese ambiente familiar o de amistad en el que florece el refrán, para llegar a crear algo de ese mismo ambiente dentro de nuestro grupo[8]. No quiero detenerme demasiado al hablar en detalle de esta experiencia, que no se relaciona directamente con el refranero español en Los Angeles, pero sí mencionar que

[8] Sobre los elementos que pueden contribuir a que un oyente acepte como "tradicional", es decir, como refrán, una expresión antes desconocida, véase mi artículo sobre «The Perception of Proverbiality», *Proverbium: Yearbook of International Proverb Scholarship*, 1 (1984), 1-38, reeditada en la revista electrónica *De Proverbio* 1 (1995), http://info.utas.edu.au/docs/flonta.

después de un año se nombró a otro colega como presidente del comité, se fueron algunos miembros y llegaron otros —siempre conservando la misma representación de las "dos culturas"— y el nuevo presidente, que antes raras veces soltaba un refrán, empezó inmediatamente a hacerlo. Creo que fue esta experiencia la que me dio que pensar por primera vez en el fenómeno de las "zonas de contacto", aunque sin conocer este término en aquel entonces, y que después me llevó a la consideración de la posible importancia del refrán en semejantes situaciones entre la población en general[9]. En el caso de la población "latina" o "hispana" de Los Angeles, dirigir un refrán en español a un miembro de otro grupo hispanoparlante equivale a tender un puente entre los dos grupos y a sugerir que no es tan sólo la lengua lo que tienen en común, sino también un fondo de valores y de actitudes, una perspectiva sobre el mundo —en fin, todo lo que puede expresar el refranero sobre la manera en que el individuo se enfrenta con la vida diaria. Oír un refrán —sobre todo un refrán conocido— en boca del "Otro" lo hace menos "Otro" de lo que era. Por otro lado, el refrán de índole regional, y las variaciones regionales pequeñas y no tan pequeñas que caracterizan a muchos de los refranes más difundidos, pueden servir para comunicar ideas y valores tenidos en común y al mismo tiempo para distinguir a un grupo de otro, para darles a los miembros del grupo un sentido de identidad propia entre sí y ante el mundo. A veces el refrán usado en tales circunstancias pasa a formar parte del repertorio de la persona que lo oye, y se difunde después entre los miembros del grupo al que pertenece ésta. También puede ocurrir este mismo proceso entre dos grupos de lengua distinta, claro está, y algunos informantes han descrito sus esfuerzos por traducir al inglés su repertorio de refranes más usados, con el fin de «tender un puente» hacia los miembros del otro grupo lingüístico. Así es que para el estudio del refranero español, y hasta del refrán en general, se puede considerar una ciudad como Los Angeles —o cualquiera comunidad multilingüe y multicultural— como un gran laboratorio que nos ofrece posibilidades casi ilimitadas para llegar a entender cómo funciona en una sociedad contemporánea este elemento tan importante de la cultura tradicional.

Nuestro proyecto nos ofrece varios ejemplos de estos procesos que acabo de describir. Del intercambio de refranes en la "zona de contacto" entre grupos distintos de habla española, ya vimos el caso del informante español que había adoptado, como parte de su propio repertorio, el refrán mexicano «El que nace para tamal, del cielo le caen las hojas», al parecer sin distinguirlo, en cuanto a su origen, de los otros refranes que usaba con frecuencia. También puede ocurrir —sobre todo, se supone, con un refrán recién adquirido— que el que lo emplea lo hace en plena conciencia de su origen "extranjero", como lo hizo cierto informante peruano, que al despedirse de mí me dijo: «Pues, como dicen en Cuba, '¡A otra cosa, mariposa!'» Ni él había estado en Cuba, ni el dicho parece ser propiedad exclusiva de los cubanos, pero él lo asociaba con ellos y al usarlo seguía considerándolo como cosa ajena, pero que le había gustado lo bastante para añadirlo a su propio vocabulario. No son nada raros estos casos dentro de nuestra colectánea, pero «para muestra basta un botón».

Del contacto entre la población hispanoparlante y la de habla inglesa resulta, como se podría esperar, cierto intercambio de refranes traducidos de un idioma al otro, pero no parece demasiado frecuente este fenómeno. Las dificultades de traducción, con la pérdida casi inevitable de los rasgos estilísticos más importantes, son para la mayoría de las personas obstáculos insuperables; se puede comunicar el contenido, pero deja de ser en forma de refrán, y por lo tanto hay poca posibilidad de que permanezca en la tradición oral. Sin embargo, hay individuos, muy acostumbrados a emplear los refranes en su discurso diario en español, que nos han descrito sus esfuerzos personales por comunicar a los otros —a los de habla inglesa— la sabiduría tradicional del refranero. Pienso en una joven colombiana, estudiante de nuestra universidad, muy acostumbrada a recurrir a los refranes en su conversación cotidiana, que no se resignaba a pasarse sin ellos cuando se veía obligada a comunicarse en inglés, y llegó a preparar de antemano algunas traducciones de sus refranes predilectos, con la seguridad de que iban a surgir ocasiones apropiadas para emplearlos, siempre

[9] En otro lugar, y con otro enfoque, he descrito más detalladamente el uso de refranes entre los miembros de este comité: ver «'No Tickee, No Shirtee': Proverbial Speech and Leadership in Academe», in *Inside Organizations: Understanding the Human Dimension*, ed. Michael O. Jones, Michael D. Moore, and Richard C. Snyder (Newbury Park, Calif.: Sage Publications, 1988), pp. 179-190.

precedidos con una especie de fórmula: «Como decimos en español...» o «Como decimos en mi país...» Además de ser una manera de hacerse entender, era —según explicaba ella— un modo de tratar de hacer conocer algo de su propia herencia cultural y de expresar el orgullo que sentía de aquella herencia. Después llegó a preguntarse si sería un procedimiento común o una preocupación meramente personal, y acabó por hacer una pequeña encuesta entre veinte compatriotas suyas para ver si compartían este impulso de traducir refranes. Con una sola excepción, decían ellos que sí, aunque también comentaban que los refranes así traducidos «perdían el sentido» o «el significado» o «la rima poética» o «el sabor» —es decir, que dejaban de ser refranes.

El proceso que acabo de describir, aunque de interés para los que estudiamos el papel de los refranes en el discurso contemporáneo, no parece haber contribuido de una manera permanente al refranero angloamericano de California. En realidad, la influencia entre los dos refraneros (el español y el angloamericano), aunque teóricamente mutua, es casi exclusivamente unilateral —del inglés al español— y se manifiesta sobre todo, como se podría esperar, dentro de la parte bilingüe de la población. Para los jóvenes nacidos o criados en los Estados Unidos el inglés empieza a ser, o ha llegado a ser, la lengua dominante. Podrán recordar los refranes españoles oídos en boca de sus mayores, pero han adquirido, en su vida cotidiana, su propio repertorio de refranes en inglés, algunos de los cuales tienen su equivalente en español y otros no. Ocurre entonces el reverso del proceso descrito por la informante colombiana antes mencionada, pero con un efecto más duradero, a lo que parece, manifestado en la presencia, en el repertorio proverbial de estos jóvenes y por lo tanto en nuestra colectánea, de un número apreciable de refranes y variantes que carecen completamente de anotaciones en español pero que corresponden a refranes bien conocidos y frecuentemente escuchados en inglés. Estos refranes los usan a veces con conciencia de que son ajenos a la tradición hispana, a veces aparentemente sin darse cuenta de ello. Teniendo en cuenta siempre las limitaciones de las fuentes bibliográficas de las que dependen estas observaciones, y por lo tanto la posibilidad de equivocarme en cuanto a la influencia del inglés sobre estos refranes, citaré unos pocos ejemplos, con sus equivalentes angloamericanos. De informantes chicanos hemos recogido «Es más fácil dicho que hecho». *It's easier said than done*, que se aproxima en su significado al español «Del dicho al hecho hay gran trecho» pero con una redacción que sugiere la influencia del inglés. Otro refrán "chicano" es «Cada perro tiene su día», *Every dog has its day*, que tiene en inglés un sentido positivo que me parece que falta en refranes análogos como el español «A cada puerco se le llega su sábado» o «su San Martín». El refrán angloamericano *Money talks* ha llegado a ser bastante conocido entre los paremiólogos porque se cita frecuentemente como un ejemplo del mínimo necesario para constituir un refrán —dos palabras, o sea un tópico y un comentario, según Alan Dundes[10]— pero para el equivalente en español, «El dinero habla», no hemos podido encontrar hasta ahora ninguna indicación clara de tradicionalidad, aunque existen varios refranes que expresan la misma, o casi la misma, idea (cf., por ejemplo, «Cuando el dinero habla, todos callan» [Tapia 88]). Wolfgang Mieder ha dedicado todo un estudio a la historia del refrán *The grass is always greener on the other side of the fence*, citando 19 variantes en inglés y un posible antecedente en Erasmo; pero la versión en español que nos proporcionó un informante peruano —«El pasto luce más verde en el jardín ajeno»— no parece gozar de una tradicionalidad establecida[11]. Otros ejemplos posiblemente influidos por el inglés son: «Toda nube negra tiene su orilla de plata», *Every cloud has a silver lining*; «Dos cabezas es mejor que una», *Two heads are better than one*, y «Dos faltas/errores no hacen un bien», *Two wrongs do not make a right*, este último escuchado en una conversación con un ecuatoriano que lo consideraba «tomado del inglés».

---

[10] Véase, por ejemplo, Alan Dundes, «On the Structure of the Proverb», in Wolfgang Mieder and Alan Dundes, eds., *The Wisdom of Many: Essays on the Proverb* (New York: Garland, 1981), pp. 43-64, y especialmente pp. 51-52. El artículo apareció originalmente en *Proverbium* (Helsinki), no. 25 (1975), pp. 961-973.

[11] Véase «'The Grass Is Always Greener on the Other Side of the Fence': An American Proverb of Discontent», *Proverbium: Yearbook of International Proverb Scholarship* 10 (1993), 151-184. Las 19 variantes aparecen en la página 154. La misma lista de variantes se encuentra también en Mieder, 1992: 300. Entre las variantes la que más se aproxima a la versión en español es *The grass is always greener in the next man's yard*. El refrán hace pensar también en el conocido «Es más sabrosa la fruta del cercado ajeno, que del propio» (Sbarbi 416).

Termino aquí con dos expresiones que parecen ser de origen relativamente reciente pero que ya han encontrado un lugar en el repertorio proverbial norteamericano, sobre todo entre los jóvenes. «Si te dan limones, hazte una limonada», *If someone gives you lemons, make lemonade*, es un refrán que en inglés se oye con cierta frecuencia hoy día, y que se emplea para sugerir que aún las circunstancias más adversas pueden ser de algún provecho si el individuo las acepta y busca la manera de adaptarse a ellas; lo recogimos hace tiempo de una informante boliviana y después, en forma variante, de una joven chicana que lo asociaba con cierta canción contemporánea muy conocida entre la población estudiantil hispanoparlante. Por otro lado, «Es agradable ser importante, pero es más importante ser agradable», *It's nice to be important, but it's more important to be nice*, parece haber surgido en inglés más bien como una especie de lema popular, escrito en pequeños letreros para la pared o en objetos que se venden como recuerdos turísticos, pero aparentemente ha llegado ya a gozar de cierta circulación como refrán, tanto en español como en inglés. A estos ejemplos, o posibles ejemplos, de refranes "prestados", se pueden añadir casos en que ciertas variantes de refranes ya conocidos y muy bien establecidos en español parecen haberse producido bajo la influencia de refranes análogos en inglés. Pienso, por ejemplo, en «La mujer casada, descalza, en casa, y embarazada», posible modificación de «La mujer casada, la pierna/la pata quebrada y en casa» (Sbarbi 658), bajo la influencia del refrán inglés *A wife should be kept barefoot and pregnant* y sus variantes[12].

Ya señalamos que los más afectados por la "zona de contacto" entre la sociedad angloparlante y la hispanoparlante son indudablemente los jóvenes nacidos en los Estados Unidos o que llegaron muy niños, llevados por sus padres inmigrantes, y que tienen poca o ninguna memoria del país natal. Estos jóvenes —en su mayoría méxico-americanos— han crecido escuchando el español en el hogar, pero desde su primera experiencia en las escuelas públicas han ido abandonando el español y convirtiéndose en angloparlantes casi exclusivamente. A pesar de que nuestras escuelas —por lo menos en California— mantienen hasta cierto punto un sistema de educación bilingüe, no lo hacen por ayudar a conservar el uso del español o de otras lenguas entre las muchas habladas por la población inmigrante, sino más bien para facilitar la transición del alumno a una plena participación en el ambiente de habla inglesa. Como consecuencia, tenemos hoy en día un gran número de jóvenes, de ascendencia hispana, que entienden la lengua hablada, que pueden llegar a hablarla —aunque sea de manera limitada— pero que no han tenido ocasión ni de escribirla ni de leerla, a no ser que hayan decidido estudiar el español al llegar a la escuela secundaria o a la universidad. Estos mismos jóvenes, en su niñez, oyeron refranes en boca de sus padres y de otros adultos, pero no los han visto nunca en forma escrita. A veces los recuerdan perfectamente bien; en otros casos, no habiéndolos escuchado después, los recuerdan sólo vagamente, o los recuerdan más o menos bien pero los han oído mal. Sólo así parecen explicarse ciertas variantes anómalas registradas entre nuestros informantes, como «Cada abeja con su pareja», variante proporcionada independientemente por tres informantes méxico-americanos, cuya experiencia urbana sin duda les ofrecía más oportunidad de conocer las abejas que las ovejas, y ninguna oportunidad de conocer la costumbre muy difundida de que caminen las ovejas de dos en dos. Otro informante méxico-americano, desconociendo, o entendiendo mal, la palabra «astilla», nos dio su propia versión de un refrán muy conocido: «De tal palo, tal estilo». El refrán español «El que quiere la col, quiere las hojas de alrededor» lo hemos recogido en una ocasión exactamente así, en su forma original, pero también —y más de una vez— con una variación algo extraña: «El que quiere alcohol, quiere las hojas alrededor»; según una de las informantes, el refrán indica que los que gustan de tomar bebidas alcohólicas tienen que aceptar la presencia de los otros individuos que los rodean y que se dedican a la misma actividad. En esta explicación podría haber influido la experiencia personal de la informante, que durante muchos años había trabajado en una cantina —en un bar— en uno de los

[12] Hasta ahora no he podido encontrar este refrán en ninguna colección publicada, pero se escucha con cierta frecuencia en la tradición oral actual, aunque siempre (en mi propia experiencia) en un sentido irónico o para conseguir un efecto cómico. Se atribuye estereotípicamente a la sociedad rural de ciertas regiones de los Estados Unidos, sobre todo el Sur del país. Por medio de Wolfgang Mieder he sabido que en una colección que prepara su colega George B. Bryan aparecen dos referencias a este refrán, una en forma del título de una canción popular (1976) y la otra en forma del título de un libro publicado en Australia (1991).

barrios "hispanos" de Los Angeles. En un nivel menos conspicuo, el refrán «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda», lo recordaba una joven chicana como «Aunque la muñeca se vista de seda, muñeca se queda», y dos refranes imperfectamente recordados los parece haber combinado un informante méxico-americano para producir el refrán híbrido «Donde duerme camarón no despierta marinero», que él mismo no lograba interpretar y que podría ser tal vez una invención paródica que él había escuchado sin reconocerlo como tal. También, de vez en cuando, las variantes crían variantes: en «A cada chancho le llega su sábado», variante común centroamericana de un refrán español muy conocido, la palabra «chancho» reemplaza a «puerco», para después ser reemplazada, en una versión empleada por una joven hondureña, por la palabra «chango», es decir, «mono», a pesar de que los monos —a diferencia de los chanchos— no tienen nada que temer del día sábado, como tampoco del día de San Martín al que se refiere otra variante del refrán.

No hay manera de saber en este momento si algunas de estas variantes —que se podrían tachar de "versiones defectuosas"— podrán sobrevivir, tal vez mediante algún proceso de autocorrección o racionalización; pero su presencia representa un aspecto especialmente interesante de este proyecto que tenemos entre manos. En un ambiente como el de Los Angeles, con tantas "zonas de contacto" entre culturas, entre nacionalidades, o entre lenguas, el proceso de transmisión y variación se ve acelerado por las condiciones en que tiene lugar.Creo que como paremiólogos nos sentimos atraídos todos por la historia, la tradicionalidad, de los refranes; por su capacidad de sobrevivir a lo largo de los años y aún de los siglos; por su relativa estabilidad frente a un mundo de cambios rápidos y a veces amenazantes. Al mismo tiempo, al lado del refrán en su forma tradicional, prístina, "correcta", por decirlo así, merecen y reciben nuestra atención las variantes, que pueden ser equivocadas, confusas, y hasta incomprensibles pero que son también reflejos del ambiente en que nos toca vivir y de la capacidad del refrán de adaptarse a ese ambiente. Hasta la variante más inepta tiene su lugar por lo menos momentáneo en la tradición oral, y por lo tanto su importancia para nuestra comprensión del refranero contemporáneo.

El refranero español es un refranero verdaderamente mundial, con una flexibilidad enorme y una capacidad admirable de adaptación. Podríamos sentirnos tentados a buscarlo, a estudiarlo, sobre todo en el ambiente relativamente conservador, estable, de las pequeñas comunidades, todavía algo protegidas de la influencia abrumadora de los medios modernos de comunicación. Pero se ve que también los ambientes urbanos, como Los Angeles, con sus múltiples "zonas de contacto" entre individuos o grupos de origen diverso, nos ofrecen oportunidades valiosísimas para el estudio del refranero contemporáneo en todos sus aspectos y en todas sus funciones dentro del discurso diario de las gentes de habla española, cualquiera que sea su origen y dondequiera que se encuentren.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CAMPOS, J. G.; BARELLA, A. (1975): *Diccionario de refranes*. Boletín de la Real Academic Española, Anejo XXX. Madrid: Real Academia Española.

CORREAS, G. (1627): *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Edic. Louis Combet, 1967. Bordeaux: Institut d'Etudes Ibériques et Ibéro-américaines, Université de Bordeaux.

MIEDER, W.; KINGSBURY, S. A.; HARDER, K. B., eds. (1992): *A Dictionary of American Proverbs*. New York: Oxford University Press.

PRATT, M. L. (1992): *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. New York: Routledge.

RUBIO, D. (1940): *Refranes, proverbios y dichos y dicharachos mexicanos*. 2ª ed. México, D.F.: A.P. Márquez, 2 vols.

SBARBI, J. M. (1943): *Gran diccionario de refranes de la lengua española*. Buenos Aires: Librería «El Ateneo».

SEVILLA, J., ed. (1994 y 1996): «El refranero hoy», *Paremia*, 3: 143-150, y 5: 115-126.

TAPIA RODRÍGUEZ, J. (1989): *Refranes*. Barcelona: Edicomunicación.